

# El burgués maldito

José Ber Gelbard, jefe de los  
empresarios nacionales, lobbista político  
y ministro de Perón en los setenta



**María Seoane**



**DEBOLSILLO**  
[www.megustaleer.com.ar](http://www.megustaleer.com.ar)

# Contenido

[Portada](#)

[Sobre la autora](#)

[Dedicatoria](#)

[Gracias](#)

[Prólogo a la nueva edición](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo uno. Secretos en el Caribe \(1977\)](#)

[Capítulo dos. Un cuenterik en la tierra prometida \(1930-1945\)](#)

[Capítulo tres. La CGE, de la mano de Perón \(1946-1955\)](#)

[Capítulo cuatro. La proscripción: entre Codovilla y Frondizi \(1956-1962\)](#)

[Capítulo cinco. Tiempo de negocios: Fate y Aluar \(1963-1971\)](#)

[Capítulo seis. El tercer hombre entre Perón y Lanusse \(1971-1973\)](#)

[Capítulo siete. El “ministro cero” \(1973\)](#)

[Capítulo ocho. La caída \(1974\)](#)

[Capítulo nueve. El país maldito \(1975-1976\)](#)

[Capítulo diez. La tumba sin patria \(1977\)](#)

[Epílogo](#)

[Fuentes](#)

[Lista de siglas](#)

[Los hombres y las fuerzas de la CGE entre 1953 y 1996](#)

[Los presidentes de la UIA y la SRA](#)

[Los setenta en cifras](#)

[Índice](#)

[Créditos](#)

[Acerca de Random House Mondadori ARGENTINA](#)

María Seoane

## **El burgués maldito**

**José Ber Gelbard, jefe de los empresarios nacionales,  
lobbista político y ministro de Perón en los setenta**

Debolsillo



**María Seoane** nació en Buenos Aires. Es periodista y escritora. Trabajó en distintos medios: *Clarín*, *Noticias*, *Sur*, *El periodista de Buenos Aires*. Dirige el Centro Cultural Caras y Caretas. Publicó numerosos ensayos y crónicas. En colaboración, *La noche de los lápices* (1986), *Menem: la patria sociedad anónima* (1989) y *El dictador* (2001) y *Buenos Aires, historia de una ciudad (Tomos I y II)* en 2007. También son de su autoría *Todo o nada* (1991), la historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Roberto Santucho; *El burgués maldito* (1998), la historia secreta de José Ber Gelbard; *El saqueo de la Argentina* (2003); *Argentina, el siglo del progreso y la oscuridad* (2004); *Nosotros: apuntes sobre pasiones, razones y trampas de los argentinos entre siglos* (2005); *Amor a la argentina: sexo, moral y política en el siglo XX* (2007). Publicó los *Cuadernos de Caras y Caretas: La noche de la dictadura* (2006) y *La noche de los bastones largos* (2006), junto a Felipe Pigna, *Evita, esa mujer* (2007), junto a Víctor Santa María, y *Rodolfo Walsh, la palabra no se rinde* (2007). Dirigió el documental *Gel-bard, la historia secreta del último burgués nacional* (2006), en colaboración con Carlos Castro. En Canal 13 y en la señal TN, participó en la asesoría e investigación de numerosos documentales. Recibió varios premios, entre ellos, el Premio Internacional de Prensa Rey de España, el Premio Konex al mérito en Letras (1994); el Premio a la trayectoria como Mujer destacada de la Fundación Henry Moore (2003), el Premio Julio Cortázar otorgado por la Cámara del Libro (2003), el Premio Rodolfo Walsh (2002) de periodismo otorgado por la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Plata y el Premio Al Maestro con cariño (2003) otorgado por TEA. En la edición 2007, recibió el diploma de honor en labor periodística femenina del Martín Fierro por su participación en *Gen argentino* emitido por Telefé.

*A mi hijo Alexis, siempre*

## GRACIAS:

A mis colaboradores en la investigación, Anabella Quiroga y Rodrigo Gutiérrez, por su afecto, lealtad e inteligencia. A Emilio Krenzel, quien rastreó durante meses información en la CGE. A Hernán Páez, que descubrió la importancia de esta historia. A Florencio Monzón, que hurgó hasta el cansancio en Tribunales. A mi amiga y mi cómplice en la corrección de los textos, Silvia Silberstein. A Rogelio García Lupo y a Isidoro Gilbert porque revisaron mis textos y me guiaron en la maraña de la historia. A Horacio Verbitsky, Jacobo Timerman, Eduardo van der Kooy, Julio Blanck y Ricardo Kirschbaum porque en distintos momentos me alentaron y comprendieron mis urgencias. Al periodista norteamericano Martin Andersen, por haberme acercado documentos imprescindibles para este libro. A mis colegas Daniel Nievas, de Catamarca, y Diego Rosemberg, por sus investigaciones sobre la sociedad catamarqueña y sobre la comunidad judía; a mis compañeros de Archivo, de Fotografía, de la Sección Política y de la Segunda Sección de *Clarín*, por la generosidad con la que atendieron mis pedidos y sufrieron, en algunos casos, mis ausencias. Al viejo dirigente de la CGE, José Luis García Falcó, por su confianza. A Fernando Gelbard, por su paciencia. A mis amigos Silvia, Eleonora, Hugo, Daniel, Vicente, Pupi, Rodolfo, Mati, Cris y Nora Lía, que escucharon borradores, buscaron pistas, soportaron mis angustias, impulsaron mis deseos. A Beba y Oscar, que siempre están cerca. A Silvia y Carlos, porque me acompañan en todas las travesías. Y a quienes, durante los largos años que demoró la investigación para este libro, me acercaron generosamente datos, papeles, testimonios, y todo aquello que constituye el revés de una trama, la base sobre la que se asientan todas las historias contadas o por contarse.

## PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN

Este libro se editó por primera vez en 1998, el último año del gobierno conservador de Carlos Menem. La utopía neoliberal que bajo su liderazgo asoló la Argentina consumó un saqueo de consecuencias sociales, políticas, económicas y culturales sin precedentes en la historia nacional.

Por eso, la vida de José Ber Gelbard comenzaba a tener importancia para muchos de los que sabíamos que ese judío polaco, nacionalizado argentino —nacionalidad que le fue arrebatada por la dictadura de 1976— había sido el último exponente de una burguesía cuyo destino estaba ligado a la etapa de sustitución de importaciones y al Estado de bienestar. Es decir, a la Argentina industrial y de masas, en la que los trabajadores participaban del 46 por ciento del ingreso nacional y la desocupación no superaba el 6 por ciento. Un país que fue uno de los más armónicos y equitativos, en términos sociales y económicos, y creativos en términos culturales, de América latina en el siglo XX. Gelbard, jefe de los empresarios nacionales, lobbista político y ministro de Economía del gobierno de Juan Perón en 1973, dirigió el último equipo que apostó a la defensa del mercado interno y a un proyecto de desarrollo nacional independiente. Gelbard murió en 1977 en los Estados Unidos. Como sucedió con muchos dirigentes, su destino fue morir en el exilio.

Tal vez, recién ahora el nombre y la historia de Gelbard vuelvan a cobrar importancia. Hoy, que los argentinos buscan las claves para comprender por qué la Argentina extravió su más certero y ambicioso proyecto de nación, luego de haber pasado por la matanza y el azote de la restauración conservadora de Videla y Martínez de Hoz —cuyo gobierno transformó a Gelbard en un paria y lo persiguió—, por la hiperinflación del gobierno de Alfonsín, el saqueo de la década menemista, la debacle trágica del gobierno de Fernando de la Rúa, y el default, la devaluación y el gobierno de transición de Eduardo Duhalde.

Tal vez ha llegado la hora de revisar en profundidad y descarnadamente lo ocurrido en las últimas tres décadas en la Argentina. En ese proceso, tal vez también se dé por terminado el destierro de Gelbard.

María Seoane  
Buenos Aires, primavera de 2002.

## PRÓLOGO

José Ber Gelbard, un inmigrante judío que escapó de Polonia corrido por los pogroms antisemitas, desembarcó hacia 1930 en las provincias desmesuradas y pobres del norte argentino. Allí fue vendedor ambulante, comerciante y contrabandista: el origen de su fortuna no fue la usura sino el trabajo intenso en el comercio lícito e ilícito. Allí, también, en los años cincuenta, demostró su condición de líder político y gremial de los empresarios del interior durante el gobierno de Juan Perón, y de su mano fundó la Confederación General Económica (CGE), que agrupó a la pequeña y mediana burguesía nacional a partir de la segunda mitad del siglo XX.

Sin embargo, Gelbard no fue sólo un empresario. Llegó a intervenir en acontecimientos políticos decisivos como uno de los más secretos y efectivos lobbistas de la historia argentina contemporánea: fue el principal hacedor del pacto Perón-Lanusse en 1972; el último —y el preferido— ministro de Economía de Perón, entre 1973 y 1974; uno de los genios financieros del imperio económico montado por el comunismo argentino; un hombre confiable para los servicios secretos israelíes (Mossad), para el Departamento de Estado norteamericano y para el Kremlin; un amigo de Fidel Castro y de Salvador Allende; un protegido de los Kennedy y un opositor de Henry Kissinger y Richard Nixon; un aliado de Menem, de Balbín, de López Rega y de Montoneros, y un enemigo de Martínez de Hoz; un perseguido por la Triple A y una víctima de Videla, Massera y Suárez Mason.

En medio de esta multiplicidad de nexos, de convicciones, de intereses, Gelbard fue un paradigma de la burguesía argentina: construyó su fortuna con el estilo propio de los empresarios nativos, fueran pequeños o grandes, pro norteamericanos o nacionalistas. No dejó de recurrir a las corporaciones para presionar al Gobierno, al lobby para enriquecerse, a la evasión impositiva para defender sus ganancias, a la prebenda estatal o a las prácticas monopólicas para expandir sus empresas (Aluar y Fate), ni dudó en aceptar comisiones por sus buenos oficios. Y, como la burguesía a la que representaba o a la que combatía, cubrió la pista de su dinero oblicuo o legítimo, de sus cuentas bancarias, con un cuidado cercano a la obsesión.

Pero a diferencia de lo que sucedió con la gran burguesía industrial y terrateniente argentina, que ya adhería al fundamentalismo de mercado en los años sesenta y setenta, Gelbard prefirió las alianzas con la sociedad civil al vicio autoritario de recurrir a los cuarteles. Eligió apostar al desarrollo del mercado interno, criticar la alta concentración de



las riquezas y la inequidad, y defender un modelo de país industrializado sin exclusiones. No hubo, en esa apuesta de Gelbard, ambigüedad ni secreto. Sí recurrió al secreto, ya fuera por razones ideológicas o por beneficio personal, cuando trató de cubrir los rastros que hubieran permitido revelar su verdadera identidad política.

No fue el poder del dinero lo que transformó a Gelbard en un protagonista singular y central de la política argentina, sino su proyecto político y económico de llevar al poder a la burguesía nacional, industrialista e independentista. Los militares y los civiles que asaltaron el gobierno en 1976 no lo persiguieron como a un evasor sino como a un enemigo político, condenado al destierro y a la muerte en condición de apátrida.

Este libro intenta descifrar, hasta donde es posible hoy, la compleja trama de negocios, utopías económicas y políticas, complicidades y desatinos trágicos que se encamaron en Gelbard y sellaron la suerte de la burguesía nacional argentina.

MARÍA SEOANE

*Era un personaje tímido, calculador, con un enorme control sobre sus emociones, y muy reservado. Aunque era simpático y acogedor externamente —daba la mano con fuerza—, tenía una gran desesperación por no haber podido cultivarse. Una vez, le regalé un cuadro de Picasso en el período azul, y Gelbard me dijo: “Debe ser muy hermoso, porque a usted le gusta, pero yo no alcanzo a darme cuenta de esa belleza”. Vestía mal. En su casa no había bibliotecas. Le gustaba la bohemia política. No tenía vergüenza de humillarse si con eso conseguía sus objetivos y, por eso, era capaz de hacer antesala durante horas frente a personajes oscuros. Fue, fundamentalmente, un político, el más brillante operador político de la Argentina de la segunda mitad del siglo XX. Tejía todo el tiempo entre los hombres del poder, estaba en el centro de la tela de araña: el precio de sus servicios eran las comisiones de algunos negocios, no de todos. Siempre me lo imaginé como a un florentino de la alta Edad Media. Gelbard no entendía nada de economía ni le gustaba. Nunca tuvo más proyecto que enlazar su ilusoria burguesía nacional con el peronismo. Lo recuerdo como un noctámbulo. Podía estar horas sentado, jugando con sus lapiceras y pensando en silencio, sin hacer nada, esperando...*

JACOBO TIMERMAN  
*Conversaciones con la autora*  
*Invierno de 1992*

# CAPÍTULO UNO

## Secretos en el Caribe

### (1977)

Dos semanas antes de morir, José Ber Gelbard aterrizó en el aeropuerto José Martí de La Habana para entrevistarse secretamente con Fidel Castro. Había viajado desde Granada en un avión del gobierno revolucionario de Maurice Bishop, un militar tercermundista amigo de Fidel, y tenía un pasaporte mexicano falso a nombre de José Grinberg conseguido gracias a los buenos oficios del entonces presidente mexicano José López Portillo.

Fidel lo había invitado guardando todas las normas para proteger su seguridad. Gelbard se había entrevistado con un grupo de los servicios secretos cubanos el 16 de setiembre de 1977 en el hotel Casablanca, cercano al Paseo de La Reforma, una zona elegante de la capital mexicana. El grupo tenía preparado el itinerario: salió a Panamá, aterrizó en Granada y finalmente se embarcó hacia La Habana.

El viaje había sido largamente planeado. A principios de enero de 1977, a través de su amigo boliviano René Zavaleta Mercado, un ex ministro de Minas y Energía del gobierno de Víctor Paz Estenssoro que estaba radicado en México, Gelbard supo que Fidel quería verlo. Entonces pensó que la iniciativa tendría algo que ver con su decisión de meterse en el negocio del turismo caribeño. Antes de que Gelbard partiera hacia Caracas, en abril de 1977, Zavaleta Mercado organizó una segunda reunión entre los cubanos y Gelbard, en el hotel Casino de la selva en Cuernavaca, una localidad a 90 kilómetros de la capital mexicana. Los cubanos le adelantaron una parte del plan de Fidel: armar un pool de empresarios para invertir en Cuba y a nombre de Cuba en América latina. Y fijaron el encuentro en la isla para mediados de setiembre del 77.

Por eso, cuando llegó al aeropuerto José Martí, Gelbard traía una decisión tomada. Mientras el avión aterrizaba recordó que no era la primera vez que llegaba a la Cuba socialista pero sí la primera que lo hacía como prófugo y apátrida. Extraña manera de aterrizar en el país donde había sido recibido con pompas en mayo de 1974, cuando recién cumplía un año como ministro de Economía de Juan Perón, y había logrado que la Argentina rompiera por primera vez en más de una década el bloqueo comercial a Cuba.

Pero en setiembre del 77, el secreto de su itinerario era la clave para conservar la libertad, y la vida.

La isla comenzaba a enfriarse, a entrar en la temporada de lluvias. Gelbard bajó del avión flanqueado por guardias granadinos y cubanos. Desde un coche oficial del gobierno de Cuba alguien levantó una mano en señal de bienvenida. El coche estaba en la pista, a pocos metros de la escalerilla del avión. Manuel Piñeiro Losada, alias “Barbarroja”, jefe del clave departamento América del Partido Comunista Cubano (PCC) —la oficina que servía de enlace con la izquierda latinoamericana y el lugar desde donde partían las conspiraciones revolucionarias—, esperaba a Gelbard junto a dos hombres del servicio secreto. Uno de ellos ya había sido custodio y chofer de Gelbard en 1974.

Piñeiro le dio un abrazo de bienvenida, mientras uno de los hombres se apuraba a tomar el bolso de mano de Gelbard y meterlo en el coche.

—Nunca nos olvidamos de usted, don José. El comandante hace rato tiene ganas de verlo —dijo con el tono familiar que suelen usar los cubanos para recibir a un amigo a pesar del protocolo político.

—Lo sé, y yo también. Pero ya ve, estoy algo más viejo aunque no pasó tanto tiempo.

Gelbard sentía que en los últimos tres años había vivido casi toda su vida; se había consumido el resto de su vida.

El hombre que lo había custodiado en el 74 pensó que habría sido imposible no reconocerlo aun entre una multitud. Gelbard había cumplido sesenta años; la clandestinidad no había modificado sus características personales. Era amable pero tosco, con cara de comerciante de baratijas. Una especie de oso que vestido de traje blanco bien podía parecer un gángster de los años cincuenta, cuyo destino seguro en la isla era ocupar una habitación con vista a la bahía en el hotel Riviera, apostar plata en el casino y pagar a las mejores y más caras putas caribeñas.

—¿Sigue tan argentino como siempre, con su teoría del poco? —dijo el custodio, aludiendo a charlas del pasado.

Gelbard sonrió, vaciló y respondió con un sí casi inaudible, antes de que el coche partiera hacia una casa protocolar en el elegante barrio de Siboney donde el gobierno cubano solía recibir a sus visitas importantes. Un sitio en el que podía conservar en secreto su identidad y vigilar en detalle su seguridad.

Los que conocían a Gelbard sabían que ese sí inaudible era habitual en él. Solía tener un manejo del silencio y de los medios tonos típico de los conspiradores: en momentos de indignación bajaba la voz hasta hacerla casi desaparecer, obligando a su interlocutor a acercarse, casi como en un gesto de rendición. Eso fue lo que hizo el custodio para escuchar la respuesta.

O tal vez el silencio de Gelbard tenía otro motivo. Tal vez pensó que cuando estaba en la cúspide del poder, el nacionalismo se había parecido demasiado a la venganza: la de haber

trepado desde su condición de inmigrante judío polaco hasta convertirse en el segundo ministro judío de la historia argentina, el ministro del líder político más importante del siglo veinte. La venganza de haber pasado de vendedor ambulante de corbatas, hojas de afeitar y preservativos en los pueblos miserables y olvidados del Norte argentino a patrón de los burgueses nacionales, a jefe de la Confederación General Económica (CGE); de ayudar a construir el imperio económico de los comunistas argentinos a transformarse en uno de los dueños del aluminio. De haber sido un proscrito y un extranjero durante casi veinte años a ser el hacedor en 1972 del acuerdo entre Perón y el general Alejandro Lanusse que puso fin al exilio de dieciocho años del líder justicialista. Era el hombre cuya fortuna había sido amasada con la savia del Estado, con negocios legales e ilegales entre liberales y comunistas, entre nazis y judíos. Los servicios secretos soviéticos, norteamericanos y, también, israelíes apreciaban su lobby.

En mayo del 74 le había confesado a su custodio cubano que se sentía un poco judío, un poco polaco, un poco tucumano, un poco catamarqueño y un poco porteño. Que su historia estaba fragmentada pero que la había reconstruido como propia incorporando todas las expresiones de su país. El secreto, le había dicho, era ser un poco inmigrante, un poco trabajador, un poco bolichero, un poco burgués, un poco radical, otro poco peronista, un poco político de comité y otro poco conspirador. Lo único que no había querido ser era terrateniente: allí estaban sus enemigos.

—Pero ya ve —se escuchó decir ahora, a manera de una respuesta final—, los terratenientes y las multinacionales hoy están en el poder y los militares me quitaron la ciudadanía argentina.

En esos días, a pesar del entusiasmo que le despertaba esa cita con Fidel y de tener la cabeza llena de proyectos, se sentía definitivamente cansado, caminando sobre una cuerda tensada sobre un precipicio. Le habían arrancado el corazón al quitarle la nacionalidad y su presión arterial oscilaba tanto que no podía quedarse solo en ningún cuarto de hotel por temor a que nadie escuchara sus pedidos de auxilio. Su fortuna estaba interdicta y su creación, la CGE, desarticulada.

La misma noche del golpe militar, el 24 de marzo de 1976, el triunvirato del general Jorge Rafael Videla, el almirante Emilio Eduardo Massera y el brigadier Orlando Ramón Agosti detuvo a la presidenta Isabel Perón —que había confiado a Gelbard la administración de parte de la fortuna de su matrimonio con Juan Domingo Perón—, encarceló a los ministros de su gobierno, cerró el Parlamento, removió a los jueces de la Corte Suprema, prohibió la actividad política, lanzó una feroz represión contra los opositores e intervino la central sindical de los trabajadores (CGT) y la de los pequeños y medianos empresarios (CGE).

El proyecto económico de la Junta Militar, diseñado y ejecutado por José Alfredo Martínez de Hoz, no permitía oposición. Apenas una semana después del golpe, el ministro de Economía de la dictadura explicó su plan: llegaba para desmontar los últimos vestigios del Estado de bienestar del cual Gelbard había sido último exponente; el comandante de la “inflación cero” y del “compre nacional”; el impulsor del impuesto a la renta potencial de la tierra y de la apertura económica hacia los países socialistas.

Los militares y los civiles —financistas, grandes empresarios y terratenientes— que los acompañaban en el gobierno consideraban no sólo a Gelbard como uno de sus peores enemigos. También lo eran los ministros de Isabel. El 18 de junio de 1976, por la orden del día reservada número 7 de la Junta de Comandantes se ordenó la prisión de Gelbard, y por el decreto 1205 se lo incluyó en la llamada “Acta de responsabilidad institucional”, que suprimía los derechos políticos y ordenaba la detención y el embargo de los bienes de todos los ministros del depuesto gobierno peronista. Pero a Gelbard, además, le habían quitado la ciudadanía argentina, conseguida no sin conflictos en 1949, veinte años después de haber emprendido su viaje de Polonia a Buenos Aires. Fue la primera vez en la historia argentina que se castigaba así a un ex ministro.

En esa acta del régimen figuraba también el empresario Julio Broner, quien había sucedido a Gelbard en la dirección de la CGE en 1973 y que en agosto de 1976 había tenido que exiliarse en Caracas, Venezuela. En la lista negra de los “enemigos” de la dictadura revistaba además el periodista Jacobo Timerman, el banquero y financista de los Montoneros, David “Dudi” Graiver, y el empresario Manuel Madanes. Judíos como Gelbard, amigos y socios de Gelbard, vinculados de una u otra manera a la guerrilla peronista Montoneros, opositores al gobierno militar, oblicuos amasadores de fortunas, traficantes, a su manera, de dinero e influencias.

Durante el viaje a la casa en la que se hospedaría en La Habana, Gelbard estaba inquieto: le preocupaba que el encuentro con Fidel trascendiera. No sólo porque esa cita secreta con un gobierno hostil a Washington no le resultaría simpática al gobierno norteamericano, sino porque temía tirar por la borda su esfuerzo para lograr que los EE.UU. condenaran a la dictadura. En efecto, desde su llegada a los Estados Unidos en marzo de 1976, pocos días antes del golpe, Gelbard había armado su lobby contra el triunvirato militar. Viajaba a Washington regularmente para encontrarse con los legisladores demócratas y republicanos, obsesionado por ganar su apoyo y convencerlos, a veces con intempestivos llamados nocturnos, de la necesidad de presionar al gobierno argentino por la violación a los derechos humanos y, también, como una forma de autodefensa. Allí contaba con amigos que no lo dejarían solo. Ted Kennedy y su abogado, Larry Birns, Robert Gelbard, un primo lejano que hacía su carrera en el Departamento de Estado, futuro subsecretario de



Narcóticos y Terrorismo durante la administración de Bill Clinton, el abogado neoyorquino Sol Linowitz, y William Rogers, por entonces secretario de Asuntos Interamericanos del Departamento de Estado.

Éstos eran sólo algunos de los vínculos que había tejido en los EE.UU., una especie de telar en cuya trama no faltaban los contactos con banqueros como Nelson Rockefeller, con “mafiosos” como Meade de Espósito, líder demócrata de Brooklyn que luego trazaría amistad con Graiver, y con Cyrus Vance, secretario de Estado de James Carter, un ex halcón republicano devenido demócrata.

Además, los demócratas norteamericanos lo habían protegido, dándole el estatus de refugiado político en noviembre de 1976 y cerrando la puerta a cualquier posibilidad de extradición. La embajada argentina sospechaba y difundía el rumor de que Gelbard había puesto un millón y medio de dólares en la campaña presidencial de Carter, y ofrecido sus servicios para asesorar al Departamento de Estado en asuntos latinoamericanos.

En diciembre de 1976, cuando faltaba sólo un mes para que el republicano presidente Gerald Ford dejara el mando en manos del demócrata Carter, los militares habían solicitado a los Estados Unidos la extradición de Gelbard. El pedido lo había realizado el juez argentino Nino Tulio García Moritán, quien tenía a su cargo la causa 3.455 por estafas reiteradas en las que Gelbard figuraba como uno de los pilares de la corrupción en el gobierno peronista, tanto en la administración de la CGE como en la Cruzada de Solidaridad Justicialista, un fondo armado por empresarios para apoyar la gestión de Isabel. El triunvirato militar argentino presionó a través de la embajada en Washington y en charlas directas del embajador norteamericano en Buenos Aires, Robert Hill, un halcón en quien los militares podían confiar, con el general Roberto Viola. La CIA y el Departamento de Estado consideraban a Viola como el verdadero cerebro de todas las operaciones de inteligencia y de la estrategia represiva de la Junta y como su mejor interlocutor en el gobierno argentino.

Pero Hill tenía los días contados, y el caso Gelbard se había transformado en un asunto ríspido en las relaciones bilaterales. Linowitz había tomado la defensa de Gelbard, y la comunidad judía norteamericana consideraba que la persecución al ex ministro de Perón e Isabel no era un asunto de delito común sino que se trataba de una discriminación racial. Linowitz era miembro del directorio del Marine-Midland Bank, uno de los diez primeros de Norteamérica, y representaría a Carter en varias negociaciones con los gobiernos latinoamericanos para cumplir con el plan diplomático que la administración demócrata tenía para la región.

Así que la obsesión de los militares por capturar a Gelbard se topó con el cambio de rumbo de la administración norteamericana. En enero del 77, Carter tomó las riendas de los Estados Unidos. Y Hill fue reemplazado poco tiempo después por Raúl Castro.

El camino legal para cazar a Gelbard parecía quedar clausurado. El último intento se realizó en marzo del 77. Gelbard contaría a su secretaria que Alejandro Orfila, el embajador ante la OEA, había oficiado de emisario de la propuesta de la Junta, sobre la base de un plan del general Roberto Viola: si se entregaba y colaboraba dando información sobre lo que ellos llamaban el “grupo Gelbard”, es decir sobre los negocios propios y de sus socios, podría vivir en la Argentina sin ser molestado. Orfila era un hombre ambicioso al que Gelbard había ayudado a transformarse en diplomático, y que en los momentos de gloria del ex ministro solía llamarlo “el jefe”.

El “grupo”, para los militares, englobaba los negocios soviéticos en la Argentina —de los que suponían que Gelbard era el testaferro—, las fortunas de Timerman, Graiver, Broner y Madanes, y la posibilidad de agarrar con las manos en la masa al general Lanusse. Al ex presidente de facto no le perdonaban haberle dado a Gelbard el monopolio de la producción de aluminio y haber reперonizado el país al permitir, en alianza con Gelbard, que Perón saliera de su exilio en Madrid. Gelbard tenía razones para no creer en la propuesta de los militares. Y tampoco le convenía creerles.

Lo cierto es que más tarde le contará el episodio a Marta Behar, su secretaria desde 1971 y que lo acompañó en el exilio. Le dirá que nunca le perdonaría a Orfila el haberle dado la espalda en momentos difíciles. Es decir, que se hubiera pasado con armas y bagajes a ser un funcionario esmerado del régimen militar. Le dirá que la embajada argentina en Washington había mandado a vigilarlo día y noche. Le contará que a principios del 77, mientras cenaba con el ex presidente de Bolivia, Víctor Paz Estenssoro, se había encontrado casualmente con uno de los últimos ex ministros de Economía de Isabel, Antonio Cafiero. Y que luego de ese encuentro la embajada argentina se enteró de lo que le había recomendado a Cafiero: que no abandonara sus aspiraciones presidenciales. “Lástima que no registraron la versión completa. También le dije que le había venido bien estar preso justamente por el futuro, porque la Junta no va a durar cien años”, le comentó Gelbard a su secretaria.

La historia se había repetido en abril del 77, poco antes de que Gelbard visitara a Broner en Caracas. Esa primavera, Bernardo Grinspun llegó a Washington para conectarse con varios organismos internacionales. Grinspun era uno de los hombres del radicalismo en los que Gelbard más confiaba. En el 74, le había pedido al jefe de la UCR, Ricardo Balbín, que lo convenciera de aceptar la representación del gobierno argentino en la Comunidad Económica Europea (CEE). Grinspun dijo que no, pero a partir de entonces supo que Gelbard lo consideraba un aliado.

Años después, Grinspun recordaría que invitó a Gelbard a comer al restaurante Tiberio en Washington y que el ex ministro puso reparos en ir allí porque era el lugar de parada de la gente de la Cancillería argentina. El radical insistió en que ésa sería la mejor manera de

demostrar que nada tenían que ocultar, y finalmente lo convenció. Durante la cena, Gelbard agradeció que Grinspun no le diera la espalda, le contó que deseaba hacer algunos negocios en el área de turismo en Venezuela y México, se quejó con dolor de que los militares le hubieran quitado su ciudadanía y de que su acompañante no lo dejara pagar la cena: “No estoy en la miseria. Lo que pasa es que por ahora no puedo usar parte de la plata”, le dijo. No le aclaró que parte de su fortuna, unos siete millones de dólares, había quedado atascada en manos de Graiver antes de su muerte en agosto de 1976 en un misterioso accidente de aviación en México.

Grinspun y Gelbard ya no se volverían a ver. Ninguno de los dos supo, en aquel momento, cuánto habrían de parecerse en ciertas líneas las políticas económicas de ambos cuando en 1984 Grinspun se transformó en el primer ministro de Economía de la posdictadura, durante el gobierno de Raúl Alfonsín.

Un par de días después de la cena en Tiberio, Gelbard se embarcó vía Cozumel, en México, hacia Caracas, y desde el 14 hasta el 23 de abril de 1977 se alojó en la habitación 1113 del hotel Hilton. Quería hablar con Broner de su relación y de negocios. En Venezuela, Broner había armado dos subsidiarias de su empresa de embragues Wobron en las ciudades de Valencia y Barquisimeto, y vivía en una lujosa mansión en el barrio residencial de Maracacuay de Caracas.

Gelbard sabía que Interpol lo estaba buscando. Sin embargo, en esos días Carter estaba por reunirse con Videla en Washington, y Gelbard estaba seguro de que él sería tema de conversación entre ambos. Confiaba en que los demócratas norteamericanos no lo abandonarían. Es más, sabía que Carter tenía fuertes reclamos que hacerle a Videla por la violación de los derechos humanos en la Argentina. Confiaba, también, en que su amigo Carlos Andrés Pérez, el socialdemócrata presidente venezolano, no lo entregaría al gobierno argentino.

Gelbard y Carlos Andrés Pérez habían intimado a través de Diego Arria, el ministro venezolano de Información y Turismo. Gelbard estaba entusiasmado con la posibilidad de invertir plata en un proyecto turístico en la isla Margarita. Precisamente por ese proyecto, Arria le había pedido a Broner que le presentara a Gelbard. Broner aprovechó el viaje de Gelbard para reunir, además, a Rodolfo Terragno con Arria. Entonces, Terragno era un periodista exiliado y desocupado y no sospechaba que en diez años se convertiría en ministro de Alfonsín, para sucederlo como jefe del radicalismo casi dieciocho años después.

El encuentro de Gelbard, Arria y Terragno en la casa de Broner en Maracacuay les sirvió a todos. A Gelbard para pagarle a Terragno un favor. El periodista fue el único que en octubre de 1974 publicó completa su carta de renuncia al Ministerio de Economía en *Cuestionario*, la revista que dirigía, cuando Gelbard ya estaba siendo acosado por la

ultraderechista Triple A de José López Rega. A Broner le sirvió para unir aliados. A Terragno, para conseguir trabajo: a partir de ese momento se transformaría en el jefe de asesores del ministerio que dirigía Arria.

Por supuesto, Gelbard ignoraba los planes de los militares argentinos para secuestrarlo apenas pisara Venezuela y que, en marzo del 77, Massera había presentado en una reunión de la Junta el plan para capturarlo junto con Broner. El almirante tenía la secreta esperanza de que los 60 millones de dólares que Montoneros había embolsado luego del secuestro de los hermanos Juan y Jorge Born en 1974 sirvieran para su proyecto político, y pensaba que parte de esa fortuna estaba en manos de Gelbard, luego de la muerte de Graiver.

Por lo menos, los testimonios de montoneros torturados en el centro clandestino de detención que regenteaba Massera, la ESMA, su imperio dentro de la represión ilegal, lo habían convencido de que, antes de morir, Graiver le había confiado a Gelbard parte del control financiero de su fortuna. Broner no estaba ajeno a esa certeza de Massera. Su cuñado, el abogado Jorge Rubinstein, secuestrado por los grupos de tareas del almirante, había sido el principal hombre de Graiver, al frente del holding Egasa, que reunía todos los negocios de Dudi en la Argentina.

La Junta aprobó el plan de Massera porque el Ejército también quería vengarse de Lanusse. Durante su gobierno, en 1971, Gelbard y Madanes se habían quedado con el monopolio de la producción de aluminio a través de Aluar. Además, Lanusse decía a quien quisiera escucharlo que no compartía los métodos de represión ilegal que sus colegas usaban para exterminar a sus opositores. El plan de la Junta tenía dos partes: la realización de las operaciones clandestinas en Venezuela quedó en manos de la Marina; la “limpieza” en la Argentina, a cargo del Ejército, es decir, a cargo de Guillermo “Pajarito” Suárez Mason y del general Ramón Camps.

El 4 de abril de 1977 fue secuestrado el secretario de Prensa y Difusión de la presidencia de Lanusse, Edgardo Sajón. El 15 le tocó el turno a Timerman, quien compartía con Graiver parte del paquete accionario de Editorial Oltra y Talleres Gráficos Gustavo y Javier, logística del diario *La Opinión*. Timerman sabía que parte del dinero que sostenía su empresa provenía de Montoneros —Graiver nunca se lo ocultó— y de los favores que Gelbard le había hecho desde el Ministerio de Economía. A pesar de su estrategia de supervivencia después del golpe, que consistía en hacer concesiones al régimen militar desde la dirección de su diario, Timerman sentía que estaba en peligro y que vivía en un régimen de libertad vigilada dentro de la Argentina. A diferencia de lo que sucedería con Sajón, la detención del periodista fue “blanqueada”, lo que no le ahorró el paso por los campos clandestinos de detención Puesto Vasco y Campo de Mayo, áreas represivas a cargo del Ejército.

El 25 de abril llegó el turno de los Madanes. Manuel, el socio de Gelbard en Aluar y en Fate, estaba de viaje. Un grupo de tareas del Ejército secuestró a su esposa Matilde Matrajt, antes de que subiera al avión que debía llevarla lejos de la tormenta. También detuvieron a Duilio Brunello, ex interventor en Córdoba y vicepresidente del PJ nacional en el gobierno de Isabel. Brunello había sido secretario privado y testaferro de Gelbard en varias de sus empresas. En la redada cayeron el gerente y hombre de confianza de Gelbard en la CGE, José Luis García Falcó, y José Ramón Palacio, un evangelista y pequeño empresario que se desempeñó como secretario de Gelbard en Economía, guardó (y luego quemó por miedo) su archivo personal, y fue su confidente cuando el ministro debía hacer algún contacto con Montoneros.

A principios de mayo del 77, Videla y Viola lanzan la ofensiva final contra Lanusse: ordenan su detención junto con la de los ex comandantes en jefe de su gobierno durante 1971, el almirante Pedro Gnavi y el brigadier Carlos Alberto Rey. De los tres, el aviador era el más preocupado por el papel que le había cabido a la Fuerza Aérea en favor de Aluar para que se quedara con el manejo del aluminio, y por los beneficios derivados del cobro de coimas en ese asunto.

Mientras el Ejército cumplía con su parte del plan en la Argentina, Massera fracasaba en Venezuela. Las consecuencias de ese fracaso influirían definitivamente en la ruptura de la unidad de acción de la Marina y el Ejército en el gobierno. Un ex detenido desaparecido en la ESMA, Lisandro Cubas, revelaría años más tarde los detalles del frustrado operativo de Massera en Caracas.

A fines de marzo de 1977 había viajado a Venezuela el Grupo de Tareas 3.3.2 (GT 3.3.2) de la ESMA con la misión de secuestrar a Broner. Cubas, como especialista en documentación falsa en Montoneros, preparó los pasaportes fraguados con los que viajaron los tenientes de navío Antonio Pernía, Juan Rolón y Miguel Benazzi. También participó de la aventura un grupo de siete marinos y un mayor del Ejército, Juan Carlos Coronel, alias "Maco", al que habían echado del campo de concentración Campo de Mayo y se había conchabado en las operaciones sucias de la ESMA.

El GT 3.3.2 llegó a Caracas y se conectó con la agregaduría naval de la embajada argentina a espaldas del embajador Héctor Hidalgo Solá, un diplomático de carrera, afiliado radical y protegido de Videla, y a quien Massera tenía entre ceja y ceja. A su llegada, el comando se encontró con la sorpresa de que en unos pocos días también llegaría Gelbard, por lo que debía demorar hasta ese momento sus operaciones. Preparó entonces un atentado dinamitero para matar dos pájaros de un tiro. Los explosivos se consiguieron a través de la agregaduría naval: los habrían comprado a unos traficantes de armas cuya base de operaciones estaba en Quito. Al tener que demorar el atentado, Pernía y su grupo

anduvieron al parecer durante una semana con los explosivos arriba de un auto dando vueltas por Caracas sin poder usarlos.

Rumiando su fracaso, los marinos debieron emprender la fuga de Venezuela un par de días antes de que llegara Gelbard ante el riesgo de tomar contacto primero con la policía venezolana y segundo con la embajada argentina. El embajador Hidalgo Solá, en tanto, había detectado las operaciones ilegales de los agregados navales y había protestado ante Videla por los riesgos diplomáticos que eso podía acarrear al país en el exterior. Una situación que se repetiría con la diplomática Elena Holmberg en París tiempo después.

La fuga del GT 3.3.2 fue hacia Ecuador, de donde los “comandos” regresarían a la Argentina. Massera había pactado la protección del grupo con su amigo, el vicealmirante Alfredo Poveda, a quien había conocido cuando ambos cursaban juntos en Buenos Aires la Escuela Naval. El contacto de Massera no podía ser más eficaz: Poveda era nada más ni nada menos que el presidente de facto del Ecuador.

Massera estaba enfurecido. Y no sólo por el fracaso de su plan contra los “rusos”, un sinónimo y un eufemismo a la vez para decir judíos. Quería ver rodar la cabeza de Hidalgo Solá. El embajador se había reunido con Broner a principios de ese año y, como con Venezuela no había tratado la extradición, el almirante consideraba que ese gesto había demorado la detención de Broner. Otro asunto no menos importante alimentaba la furia del almirante. Dentro del esquema de poder dentro de la Junta, el manejo de las Relaciones Exteriores era coto de la Marina. A espaldas suyas y del canciller, el contraalmirante César Guzzetti, Hidalgo Solá había gestionado la posibilidad de una reunión de Videla con Carlos Andrés Pérez, un líder político alineado con Carter en la defensa de los derechos humanos en América latina.

Preocupado por estos hechos, Solá viajó a Buenos Aires a fines de abril del 77, precisamente para protestar por la trágica convivencia, para un diplomático como él, con la “patota” de Massera en la Cancillería. Además quería advertirle a Videla que, de descubrirse la participación argentina en cualquier atentado a Broner o a Gelbard, a quien Carlos Andrés Pérez estimaba, la reunión con el presidente venezolano fracasaría. Es más, el embajador no dudaba de que Massera haría lo imposible por impedir que Videla viajara a Caracas.

Tal vez por eso, Hidalgo Solá sintió alivio cuando el 5 de mayo de 1977 —Gelbard ya estaba en Los Ángeles— Broner fue detenido por la policía venezolana, a pedido de Interpol, en el aeropuerto Simón Bolívar mientras intentaba viajar a Río. Sospechó que el gobierno venezolano había dado vía libre a la policía para que detuviera a Broner como una forma de protección contra posibles atentados. En medio de ese clima, Hidalgo Solá llegó a Buenos Aires a fines de junio de 1977. Fue secuestrado en la Recoleta por una banda de la



Marina. A esa altura, Massera ya había decidido comenzar a dinamitar su alianza con Videla para construir el poder paralelo que necesitaba para su proyecto político.

Pero aquel setiembre de 1977, en Cuba, Gelbard se sentía seguro. Desde el auto que lo llevaba a Siboney, vio a la distancia el azul intenso del mar. Porque conocían sus gustos, uno de los cubanos le ofreció cigarrillos negros: Partagás con filtro. Después le preguntaron por la situación política, las relaciones dentro de la Junta, y por Broner. Gelbard comentó que posiblemente la Justicia venezolana lo liberara en pocos días. De las relaciones de poder en el triunvirato militar, dijo:

—Massera es el más canalla.

Y volvió a sentir inquietud. Además, el comandante Piñeiro le había adelantado ya que Mario Eduardo Firmenich, el jefe de los Montoneros, quería verlo. La cúpula de la guerrilla peronista estaba exiliada en ese momento en La Habana. ¿Cómo se habían enterado de su viaje? Ahora lo buscaban, lo consideraban un aliado, incluso le habían mandado mensajes por terceros ofreciéndole protección. Pero en 1973, la guerrilla marxista y peronista desconfiaba de él como de un burgués, tanto como se sospecha de un traidor, y había criticado su plan económico. La Juventud Peronista (JP) llegó al extremo de intentar arrojar a uno de los secretarios de su gabinete por la ventana de un ministerio. Los montoneros tampoco habían escuchado sus llamados a la cordura ni impedido que López Rega se enterara de sus reuniones secretas con ellos.

Gelbard temió que los agentes norteamericanos pudieran detectar su presencia en la isla; que el Departamento de Migraciones de los Estados Unidos encontrara un pretexto para no entregarle su *Green Card*, la tarjeta de residencia permanente que calculaba le darían a principios de octubre de 1977, fecha en la que tenía previsto regresar a Beverly Hills, en Los Ángeles, donde vivía, previa escala en Washington.

Piñeiro le dijo que Fidel llegaría de un momento a otro a Siboney, apenas Gelbard reposara del viaje y que habría otras entrevistas en el Palacio de la Revolución. Gelbard recordaba aún los helechos prehistóricos que flanqueaban la entrada al centro de la sede del gobierno cubano, un edificio de arquitectura neoclásica que había sido el Palacio de Justicia en tiempos de la dictadura de Fulgencio Batista. La entrevista con Fidel sería, sin duda, larga y extenuante. Los temas que ambos tenían en la agenda eran muchos y delicados. Uno dominaría la charla: las inversiones de Cuba en el exterior, burlando el bloqueo norteamericano.

—Fidel está seguro de que tú eres un hombre al que los argentinos alguna vez deberán reconocerle sus méritos —dijo Piñeiro, tuteándolo.

Gelbard volvió a sonreír apenas, con una mueca indefinible que podía parecer tanto un gesto de vergüenza como de satisfacción.

—Yo apenas soy un cazador de hombres —dijo enigmático, cuando el auto que lo traía del aeropuerto se detuvo por fin a las puertas de la casa protocolar del barrio de Siboney.